



RECUPERADORES, RESIDUOS Y MEDIACIONES

Análisis desde los interiores de la cotidianidad, la gestión y la estructura social.



Gabriela Vergara

Compiladora

“Trabajo, rebusque, changa: Experiencias de trabajo alrededor de la basura en el Área Reconquista”

Cecilia Cross¹

Capítulo publicado en pp. 101-131, Gabriela Vergara (ed) *Recuperadores, residuos y mediaciones. Análisis desde los interiores de la cotidianidad, la gestión y la estructuración social*, Buenos Aires: Estudio Sociológico editora, ISBN 978-987-3713-05-7

Desde fines del siglo XVIII las sociedades occidentales se han organizado en torno a la producción de mercancías. Quienes pueden comprar o alquilar los medios de producción, se apropian del producto del trabajo colectivo y lo venden en el mercado para obtener más capital con el que recomenzar el proceso. Son los/as capitalistas. El resto de las personas, después de un penoso proceso de disciplinamiento y resistencias que se prolongó a lo largo de todo el siglo XIX, hemos sido persuadidas de que nuestro mejor destino era poder alquilar nuestra fuerza de trabajo en el mercado, para de este modo tener acceso *legítimamente* a disfrutar –aunque sea mínimamente- del producto del trabajo colectivo (Castel, 1997; Polanyi, 1989). De acuerdo con la teoría clásica del valor desarrollada por Karl Marx, quienes logran vender esa preciosa mercancía en el mercado son/somos los/as trabajadores/as, sometidos/as a un proceso de explotación colectiva, ya que el precio de venta de nuestra mercancía –la fuerza de trabajo- que es el salario, es menor al valor que –colectivamente- producimos. El salario, sin embargo, tiene otra connotación: significa que alguna empresa o institución ha asumido la responsabilidad de garantizar que nuestra capacidad de producir, de integrarnos al proceso colectivo de producción, se renueve diariamente (de la Garza Toledo, 2001) .

Desde mediados del siglo XX el salario se convirtió en el paradigma de la integración social: quienes hemos accedido al salariado hemos sido *dignos* de ser considerados/as parte del gran engranaje, dignos/as de ser explotados/as, pero también de que alguna empresa o institución asuma la responsabilidad por nuestra reproducción social (Thompson, 1967). En cambio, ¿qué pasa con aquellos/as que no acceden al salario? ¿qué ocurre con quiénes logran alquilar su fuerza de trabajo pero no asegurarse no consiguen que una empresa o institución pública de cuenta de su capacidad de hacer? Esta pregunta ha desvelado a las ciencias sociales desde su origen, a tal punto que ha sido considerada desde ciertos enfoques como el interrogante que ha dado nacimiento nada menos que a la sociología (Portantiero, 1977). La historia social les ha dado un lugar central a través del concepto de “cuestión social”, definido como aquellos factores que ponen en riesgo la cohesión social, asociados al pauperismo en el siglo XIX, al desempleo en el XX y a la inempleabilidad en el XXI (Castel & Haroche, 2001; Gautier, 2002). Este último concepto, de hecho, fue desarrollado desde la economía para señalar a aquellas personas cuya productividad –presunta- es demasiado baja para ser admitidos en el mercado de trabajo, es decir para que una empresa se haga cargo de garantizar sus condiciones de reproducción (Gazier, 1991).

En Argentina, esta misma pregunta tuvo tal centralidad desde mediados de los 90 para agentes estatales, militantes, dirigentes, académicos y trabajadores/as que, como han señalado

¹ Secretaria de Investigación y Desarrollo (UMET), Investigadora CIC en Citra (Umet-CONICET) y profesora regular en UNAJ

Fernández Álvarez y Manzano (2007), buena parte de las interacciones en el espacio público se organizaron en torno a esta cuestión configurando un campo de fuerzas en torno al desempleo, en cuyo contexto se diseñaron, implementaron y administraron políticas sociales focalizadas (Danani, 2013; Kerstenetzky, 2006; Leboul, Fischer, & Saha, 2014). En este contexto, entonces, el objetivo de este trabajo es analizar los vínculos sociales que producen las políticas sociales focalizadas dirigidas a sectores definidos como vulnerables dada su *inempleabilidad*. En particular abordamos la construcción y puesta en marcha de una planta de clasificación de residuos sólidos urbanos emplazada en el relleno sanitario Norte III de la Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE), que funciona de 2009 y cuyo proceso de construcción y puesta en marcha hemos acompañado desde 2003 hasta la fecha. Esta planta fue impulsada, junto con otras, con el propósito de generar puestos de trabajo para los/as *quemeros/as*² que viven en los barrios alrededor del relleno que conforman el Área Reconquista. Los/as *quemeros/as* son las personas que acceden al relleno sanitario en busca de *materiales* para vender o *mercadería* para consumir.

En cuanto a la estructura de este artículo, en el próximo apartado presentamos las notas teórico metodológicas de la investigación sobre la que se sustenta este texto. Luego analizamos el programa de plantas sociales como ámbito de producción de lazos sociales revisando las disputas por el sentido de este ámbito de trabajo desde el punto de vista de las agencias financiadoras, los/as líderes de la organización y una joven trabajadora.

Políticas sociales focalizadas y construcción de capacidades colectivas.

Este artículo presenta resultados de una investigación comenzada en 2001 que a la fecha tiene continuidad en el contexto del proyecto de investigación PICT 2295/12 “Disputas por las formas de regulación del trabajo en establecimientos agropecuarios y emprendimientos asociativos en el período 2003-2013” financiado por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación productiva de Argentina bajo mi dirección.

Desde el comienzo la investigación ha sido desarrollada desde los supuestos del paradigma interpretativo que nos lleva a analizar el sentido de las prácticas y discursos insertos en el mundo de la vida de los sujetos que las llevan a cabo (Vasilachis de Gialdino, 2009). De allí que la metodología de trabajo ha sido de tipo cualitativo, por lo que el objeto de la investigación no ha sido la constatación de hipótesis teóricas sino la definición de conceptos y categorías a partir de los datos, utilizando el enfoque de la *grounded theory* (Glaser & Strauss, 1967), para de este modo comprender sentidos y estructuras de significación que sustentan las prácticas observadas (Raymen, 2009). Esto no significa, sin embargo, que la investigación o la presentación de resultados se hayan llevado a cabo con prescindencia de una adecuada revisión de los debates y aportes teóricos de otras indagaciones contemporáneas o previas. Muy por el contrario la construcción del marco conceptual es lo que permite, en esta tradición investigativa, formular el problema de investigación –para señalar los límites y alcances de nuestra indagación– y elaborar resultados en diálogo con las interpretaciones vigentes en el campo científico (Snow, Morril, & Anderson, 2003).

En cuanto a las técnicas y procedimientos utilizados para el relevamiento de los datos hemos trabajado con dos enfoques, dentro de los métodos cualitativos, que se han alternado y complementado a lo largo de estos más de diez años de trabajo, los estudios cualitativos clásicos

²

Las itálicas señalan categorías nativas, las comillas referencias textuales

y la investigación acción participativa (Gustavsen, 2008) .En el primer contexto se trabajó con técnicas que pueden clasificarse de acuerdo a la división clásica entre fuentes secundarias y fuentes primarias. Las primeras constaron de referencias bibliográficas y revisión de informes – fundamentalmente los de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) de Argentina o la base del Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales (SIEMPRO) dependiente del Consejo Nacional de Coordinación de Políticas Sociales de dicho país. Esta información fue triangulada (Cisterna Cabrera, 2005) con la obtenida a través de las fuentes primarias, fundamentalmente para reconstruir y analizar el proceso de formulación de demandas y establecimiento de prácticas de gestión de programas sociales en las organizaciones territoriales estudiadas.

Dichas fuentes primarias incluyeron la observación de actividades tales como asambleas plenarias, gestión de programas sociales, organización de actividades comunitarias y también de marchas y actos a lo largo de todo el período analizado. Además, entre 2001 y 2014 se realizaron 78 entrevistas en profundidad (Taylor & Bogdan, 1996) a personas vinculadas a las organizaciones territoriales estudiadas, algunas de las cuales fueron actualizadas a lo largo del período analizado. En tanto este estudio sigue las líneas de la grounded theory la selección de los/as entrevistados/as fue realizada en función de la técnica de muestreo teórico (Glaser & Strauss, 1967). Elegimos entrevistar a personas que ocuparan roles diferentes en las organizaciones estudiadas y se hubieran integrado en distintos momentos a estos procesos, con variadas condiciones de género y edad y diversas experiencias políticas y laborales. Asimismo, entrevistamos a 14 informantes clave, entre dirigentes políticos/as y sindicales y funcionarios/as y trabajadores/as de la CEAMSE.

A fin de comprender el modo en que se desarrolló la gestión local de programas sociales se analizaron documentos tales como boletines, folletos, discursos, declaraciones, volantes y publicaciones en la web. Asimismo estudiamos los principales programas vigentes entre 2001 y 2014 y entrevistamos a funcionarios/as públicos/as del ámbito nacional, provincial y municipal. Complementariamente, examinamos información periodística de los diarios de mayor circulación en la zona metropolitana de Buenos Aires, es decir Clarín, La Nación y Página/12, para dar cuenta de los posicionamientos públicos de nuestros/as entrevistados/as, tanto quienes estaban vinculados/as a organizaciones territoriales como quienes revistaban como funcionarios/as públicos/as.

En cuanto a los trabajos de investigación acción, estos comenzaron en 2004 a partir de la demanda efectuada por una organización del Área Reconquista, a la que llamaremos “Vecinos Unidos” (VU)³ de acuerdo con la cual requerían que, frente a la posibilidad de construir una planta social de clasificación de residuos –proceso que analizaremos más adelante- necesitaban, de acuerdo a sus palabras, “convertir un grupo de quemeros en un colectivo de trabajadores” y no tenían “ni la menor idea de cómo hacerlo”. A partir de allí comenzamos a trabajar en conjunto, utilizando los datos previamente recogidos y analizados como preinvestigación para poder avanzar en las etapas subsiguientes conforme al diseño que propone Ander Egg (1990). A partir de allí tuvimos 5 procesos de trabajo con la organización (2004-2005; 2007-2009; 2010-2012; 2014 y continúa) que se fueron alternando en torno a tres ejes principales: desarrollar las capacidades de gestión de la organización (Cross & Freytes Frey, 2009), fortalecer el colectivo de

³ Los nombres propios asignados a la organización, la planta y nuestros/as entrevistados/as son ficticios para preservar el compromiso de confidencialidad asumido al realizar la investigación.

trabajadores/as de la planta (Freytes Frey, Diana Menéndez, García Allegrone, & Cross, 2007) y desarrollar estrategias para mejorar las chances de inserción escolar y laboral de los/as adolescentes y jóvenes de la zona (Freytes Frey & Cross, 2011). En este marco se realizaron 74 talleres participativos cuyos registros fueron incorporados al corpus de datos de la investigación.

Dicho corpus de datos fue analizado desde su producción y fue retomado en diferentes momentos. Es decir que no sólo hemos tomado las entrevistas, los registros, las fichas, sino las reflexiones suscitadas en el primer análisis y los subsiguientes, los cuales fueron efectuados desde diversas preguntas y marcos analíticos de referencia. Conforme a esto, el desafío que hemos adoptado ha sido considerar cada testimonio, registro, declaración pública e interpretación académica –propia y ajena- en su contexto de producción, sin sustraernos al desafío de repensarlo en función de los acontecimientos que se sucedieron con posterioridad y los rastros de la experiencia previa de quien habla. En este marco, consideramos pertinente rescatar la función narrativa tal y como ha sido presentada por Ricœur (2000).

En el acto de narrar se pone de manifiesto el carácter temporal de la experiencia humana, a través del proceso de elaboración de la trama que permite articular un discurso. Al narrar su biografía las personas seleccionan episodios y establecen conexiones causales, fines y efectos no deseados, otorgando coherencia a la trama que elaboran. No obstante, dicha trama no puede comprenderse por fuera de sus condiciones de elaboración, las cuales involucran no sólo la construcción de una identidad narrativa que posiciona a la personas respecto al mundo (Paul Ricœur, 1996), sino a los intereses que atribuyen a sus interlocutores/as. De este modo, al analizar nuestros registros lo que buscamos reconstruir es la trama de sentidos que se construye en el proceso de implementación de los programas sociales, dando cuenta además de cómo se transforman las posiciones subjetivas de las personas involucradas en el proceso y los vínculos que entablan mientras llevan a cabo las distintas actividades que imponen dichos programas.

A lo largo de estos años hemos observado que las políticas sociales focalizadas requiere en su implementación la creación de capacidades colectivas (Paul Ricœur, 2004), es decir, el reconocimiento de ciertos criterios de justicia en el uso y adjudicación de los recursos, lo cual permite seleccionar a los/as “beneficiarios/as” y a la vez organizan la distribución de áreas de competencia entre las distintas instituciones intervinientes: agencias estatales, ONGs y organizaciones sociales o de base (Cross, 2010). Estas capacidades colectivas se asientan sobre la construcción de criterios compartidos acerca de lo que es bueno y justo, que no solo rigen el proceso de implementación de la norma sino que atraviesan los marcos de sentido desde los cuales se articulan las experiencias (Throop, 2003) de quienes dan forma al proceso de implementación.

El debate acerca de la experiencia tiene una larga tradición en la teoría social, cuya explicitación excede los alcances de este trabajo. Sin embargo, más allá de la postura que se adopte, el concepto de experiencia alude a ese punto –inaccesible en modo directo, aunque imaginado- en el que las percepciones –aquello que nos pasa como organismo vivo- se simbolizan y por tanto pueden hacerse conscientes. Esa simbolización se produce contraponiendo esa percepción con marcos significativos constituidos a lo largo de nuestra vida que no pueden pensarse a priori de los vínculos establecidos con quienes nos rodean. De este modo, la subjetivación no ocurre sólo frente a nuestra consciencia –como en el cogito cartesiano- sino también frente a ese conglomerado difuso al que llamamos sociedad, integrada precisamente por otros/as semejantes y diferentes (Paul Ricœur, 2004).

Ahora bien, si la experiencia es inaccesible en modo directo ¿cómo será posible relevarla? Recuperando a Paul Ricœur (2000), consideramos que en el “acto de narrar” se ponen de

manifiesto los marcos de sentido que permiten articular la experiencia humana, situándola temporalmente a través del proceso de “elaboración de la trama” de un discurso. En esa articulación las personas se sitúan frente a otras personas y a los objetos estableciendo su modo específico de ser-en-el-mundo a través de las representaciones que construyen acerca de sí y de aquello que las rodea. Estas representaciones no son “ideas flotantes que se mueven en un espacio autónomo”, sino “mediaciones simbólicas que contribuyen a la instauración del vínculo social” (Paul Ricœur, 2004, p. 175). Por ello, las personas que apelan a marcos comunes de sentido constituyen “comunidades de valor” que les permiten situarse frente a otros/as y los objetos reclamando para sí el reconocimiento de ciertas capacidades. Lo que galvaniza estas comunidades es la vigencia de un horizonte común de autorrealización, una expectativa compartida acerca de lo que implica llevar una “vida realizada”, lo cual constituye el “ergon”, el sentido último, de la vida en sociedad (Paul Ricœur, 2004, p. 112)

Para alcanzar esa expectativa se requiere de la acreditación de capacidades, las cuales no pueden ser reivindicadas individualmente, si no son reconocidas socialmente, de allí que su reconocimiento permite a las personas sentirse miembros plenos de su comunidad, así como su negación constituye una experiencia de menosprecio que lleva a que éstas construyan imágenes degradadas de sí (Paul Ricœur, 2004).

Las referencias a estos marcos de sentido se ponen de manifiesto, particularmente, en la justificación y en la puesta en juego de pruebas de calificación mediante las cuales la acción se evalúa en contraposición con principios que rigen la moral de ese sujeto, reconociendo o negando sus capacidades y por tanto su responsabilidad (más allá de su intención)(Paul Ricœur, 2004, p. 174).

Por ello, el concepto de experiencia supone no sólo la existencia de otros/as sino también de otros/as situados/as socialmente quienes nos confirman como sujetos, pero también como desiguales (Throop, 2003). Este es el método con el que trabajamos en este artículo, comenzando en lo que sigue por situar histórica y territorialmente el programa de plantas sociales.

Vida cotidiana en el Área Reconquista

El sistema de disposición de los residuos en la zona metropolitana de Buenos Aires vigente desde 1977 está basado en el sistema de rellenos sanitarios, centralizado por CEAMSE. Esta sociedad estatal interjurisdiccional, que comprende a la Ciudad y a la Provincia de Buenos Aires, ha concesionado los servicios a favor de una Unión Transitoria de Empresas (UTE) conformada por Benito Roggio e Hijos y ORMAS S.A.I.C.I.C.

Desde 2009 el único relleno que funciona en plenitud es el ubicado en el Complejo Ambiental Zona Norte III, el cual está bordeado por el río Reconquista. Este río le da nombre al área que conforman un conjunto de barrios precarios. La mayor parte de los vecindarios que conforman el área Reconquista fueron constituidos a fines de los '90 en procesos de “toma de tierras”. Desde todos ellos se puede ver “la montaña” de basura que se erige al otro lado de la autopista del Buen Ayre. En esta zona los niveles de pobreza e indigencia están por encima de la media del conurbano bonaerense y es posible observar la existencia de diversas organizaciones barriales, algunas como expresión local de partidos políticos, que gestionan programas gubernamentales y no gubernamentales.

En esta área, muchos/as vecinos/as son “quemeros/as”. Ingresan regularmente al relleno sanitario, al que llaman “la quema”⁴ a procurarse “mercadería” o “materiales” que consumen o venden. Quienes no ingresan tampoco son ajenos/as a esta práctica: “Sabén donde conseguir rescates”, es decir insumos o productos a bajo costo por haber sido recogidos en el relleno sanitario.

Esta práctica es fuente de conflictos con el CEAMSE, siendo uno de los principales focos de tensión en este territorio. Y es que, a pesar de ser una práctica habitual, el ingreso al relleno sanitario está prohibido. Esta contradicción entre práctica y regulación redundó en una alta exposición de los/as quemeros/as a la violencia, tanto entre sí como frente quienes custodian el predio. El máximo nivel de conflicto en este punto se produjo frente a la desaparición de Diego Duarte⁵, joven residente del área Reconquista. La movilización en demanda de justicia protagonizada por Alicia, hermana de Diego, y por varias organizaciones de la zona, dirigentes de partidos de izquierda y representantes de organismos de derechos humanos no sólo logró instalar públicamente la convicción de que existió responsabilidad empresarial en su desaparición, sino también la necesidad de sincerar la dependencia de los/as vecinos/as respecto al relleno sanitario.

Este sinceramiento tuvo lugar en un contexto marcado por otros dos conflictos que excedieron la zona estudiada. Primero, la resistencia de grupos vecinales de diferentes localidades del conurbano bonaerense a la apertura de nuevos rellenos sanitarios que permitieran reemplazar los que fueron cerrados por estar saturados o por conflictos planteados por organizaciones ambientalistas y/o vecinales ([Carenzo & Míguez, 2010](#)).

Segundo, la denuncia a la excesiva centralización del modelo de gestión actual y su escasa “sustentabilidad ecológica y social”. El CEAMSE fue creado con el propósito de centralizar el tratamiento de la basura, prohibiéndose las actividades de reciclado de materiales. En este marco, la basura fue declarada propiedad del estado y se penalizaron las actividades de clasificación y venta de materiales por particulares. Así se estableció una distinción entre el circuito formal-legal y el informal-ilegal que incrementó la precariedad en las condiciones de vida y trabajo de los/as recicladores/as, pero no logró erradicar su actividad como pretendía (*Ibidem*).

A partir de 2002, en un contexto de fuerte movilización social, el reconocimiento a las actividades de reciclado fue impulsado desde dos vertientes. Por un lado, activistas ambientalistas que buscaron crear conciencia acerca de la necesidad de incorporar el reciclado a la gestión de los residuos, como única alternativa sustentable desde el punto de vista ecológico. Por otro, grupos de recicladores/as que con el apoyo de expresiones partidarias, estudiantiles y sindicales, lograron defender tanto la relevancia social de sus actividades como su derecho a “ganarse la vida” mediante la recuperación, clasificación y venta de materiales descartados. El eco político alcanzado por ambas vertientes se plasmó en la legislación a través de la Ley Nacional 25916, la Ley 13592 de la Provincia de Buenos Aires, y las Leyes 992 y 1854 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires que impulsan un “modelo social de gestión de los residuos” que incorpora como agentes activos a los/as “recuperadores/as urbanos/as” ([Álvarez, 2009](#)).

⁴ El sistema de tratamiento de residuos previo a la constitución del CEAMSE consistía en la incineración de los residuos. Al predio donde éstos se transportaban a tal fin se le conocía popularmente como “La quema”. A pesar de que el sistema ha cambiado hace más de 30 años este nombre se sigue aplicando al relleno sanitario.

⁵ Diego Duarte desapareció la noche del 15 de marzo de 2004. Había ingresado al relleno sanitario a buscar metales con su hermano para que éste pudiera comprarse zapatillas nuevas con las que asistir al colegio. Según denunció este último, fue enterrado bajo una montaña de basura por una retroexcavadora. El cuerpo de Diego aún no fue encontrado y las circunstancias de su desaparición no han sido esclarecidas judicialmente.

En este marco, el CEAMSE acordó con el estado provincial una serie de medidas destinadas tanto a atender los conflictos locales como a adecuarse al nuevo contexto institucional y político (Cross & Freytes Frey, 2009). Una de ellas fue la promoción de plantas de clasificación de residuos, emplazadas en el predio que rodea el relleno de Zona Norte III. Algunas de estas plantas serían construidas con el apoyo provincial y adjudicadas a líderes locales para que “incluyeran” a “las familias humildes que residían en la zona” en el “circuito formal” de la basura. Se les llamó “plantas sociales” para distinguirlas de las “privadas” concesionadas a empresas. Como requisito se exigió la formalización de cooperativas de trabajo, conforme a los principios de “economía social”. Así fue presentado este proyecto en un documento web de CEAMSE:

En las inmediaciones del Complejo Ambiental Norte III surgieron organizaciones de base, que representan a la gran cantidad de familias humildes que viven de la separación y venta de residuos. La consecuencia fue el ingreso ilegal de personas indigentes al frente de operaciones del relleno que, además de generar diversas dificultades en la disposición final de los residuos, se exponen a contraer infecciones o sufrir cortes o heridas. Y, lo que es más grave, ponen en riesgo sus vidas al desplazarse entre maquinarias de gran porte. Los equipos interdisciplinarios formados por CEAMSE están trabajando para orientar y dar un marco de contención social a estas personas que se encontraban en el mayor desamparo, para que dieran los pasos a fin de constituirse en asociaciones civiles. Y que así sus integrantes encontrarán en las plantas sociales su acceso al sistema formal de trabajo. (Extracto del “Informe Especial”, titulado: “Ceamse: De la Disposición final al Tratamiento y Reciclaje”. Año 2005. Disponible en: http://www.ceamse.gov.ar/revista/revista21/N_21_notas1.pdf, 02/03/2010.

Este fragmento muestra la caracterización que se efectúa desde CEAMSE del conflicto con los/as habitantes del Área Reconquista, particularmente en relación a las tensiones con las organizaciones barriales constituidas en la zona. La población es caracterizada en términos de “familias humildes que viven de la separación y venta de residuos” que se “encuentran en el mayor desamparo”. Las “organizaciones de base” son responsabilizadas por el ingreso de estas personas al relleno, con los consabidos riesgos que esto importa a su integridad física, sobre todo frente a las “máquinas de gran porte” que operan en ese sitio. Esta caracterización recuerda las denuncias acerca de las circunstancias que rodearon la desaparición de Diego Duarte. Que se efectúe en este contexto da una pauta de la importancia de este conflicto en la puesta en marcha del programa y de la posición de la empresa frente a situaciones como esta.

En este marco se pone de relieve la cuestión de la formalidad. Se contraponen las “organizaciones de base” con las “asociaciones civiles” que promueve CEAMSE. El “desamparo” en que viven las familias se asocia con su incapacidad de “acceder al sistema formal de trabajo”. Así, se instala la contraposición formal-legal-seguro vs informal-ilegal-peligroso, presentando a la empresa como agente que promueve el mejoramiento de las condiciones de vida en el barrio a través del programa de plantas sociales. Esto se lograría no sólo facilitando el acceso al “sistema formal de trabajo” de los/as “indigentes” que acceden al relleno, sino asistiendo a las organizaciones de base a través de sus “equipos interdisciplinarios”.

A través de esta caracterización, entonces, se construye al sujeto de esta política como incapaz: *vulnerable, desamparado* y a la inserción de estas personas en el colectivo de trabajadores/as de la planta como el antídoto a esa vulnerabilidad. No obstante, hay que decir que las condiciones de trabajo ofrecidas están muy lejos del salariado como paradigma de integración social: CEAMSE no reconoce a estos/as trabajadores/as como empleados/as, a pesar del poder que se arroga de imponer condiciones para organizar el proceso productivo. Como resultado de esta situación, los/as trabajadores/as de las plantas no cuentan con acceso a la seguridad social, sus ingresos dependen principalmente de la venta de los residuos que puedan clasificar y del

precio de venta que puedan conseguir y están permanentemente expuestos a riesgos sanitarios diversos. Esta subordinación sin reciprocidad, fue fuente de varios conflictos que analizamos a continuación.

Las plantas sociales como ámbito de trabajo

Las plantas sociales del relleno Norte III operan con entre 60 y 100 trabajadores/as en dos turnos de lunes a sábado. La mayor parte de los/as trabajadores/as residen en las inmediaciones de la planta, tienen entre 18 y 55 años y la cantidad de varones y mujeres es similar.

Si bien cada planta tiene sus peculiaridades en cuanto a la organización del trabajo es posible reconocer tres figuras presentes en cada una de ellas. El/ la “presidente” que es la principal referente, la persona que mantiene las relaciones con el CEAMSE y con los compradores que se acercan a adquirir la *mercadería* procesada. Habitualmente, la presidencia está a cargo de personas con una larga trayectoria de militancia social, sindical o política en la zona. La denominación como “presidente” está tomado del formato cooperativa, que se ha impuesto como obligación a todas las plantas para poder funcionar. La segunda figura son los/as encargados/as, personas de confianza de los/as presidentes que *están en el día a día*, generalmente hay uno o dos por turno. Los/as trabajadores/as de los distintos puestos constituyen la tercera de estas figuras.

En todas las plantas, el proceso de trabajo está organizado en dos circuitos denominados *domiciliario* y *privado*, en función del tipo de camión recolector sobre el que operan. El circuito *domiciliario* comienza con el ingreso al predio de la planta de un camión de recolección que descarga todo su contenido en una tolva. En ese lugar dos trabajadores –habitualmente de menos de 30 años, siempre varones- operan sobre las bolsas con sendos tridentes para favorecer su elevación hacia una cinta transportadora ubicada a unos cuatro metros de altura. Una vez allí, dos o tres trabajadores/as las desgarran y comienzan con el proceso de clasificación. A lo largo de la cinta hay 16 recipientes huecos –ocho a cada lado- en cuya salida externa se ubican carros con ruedas en los que se recogen distintos tipos de residuos preclasificados en la cinta. Cada trabajador/a tiene a su cargo dos *bocas* ubicadas una a su izquierda y otra a su derecha. Dos personas, habitualmente varones, se encargan de reemplazar los carros cuando se llenan, trasladando los que están completos a las posiciones del *piso* en las que se efectúa una clasificación detallada. Lo que no es recogido, el *rechazo*, es conducido por la cinta a unos contenedores ubicados fuera de la planta. En el interior de estos contenedores, llamados *roll off*, se ubican dos varones, usualmente menores de 30 años, que *acomodan el rechazo* para aprovechar al máximo la capacidad de esos contenedores⁶. Una vez llenos, los *roll off* son descargados en el relleno sanitario por personal del CEAMSE, procediéndose al enterramiento del *rechazo*.

El circuito *domiciliario* continua en el “piso” con tareas de clasificación más detallada en las que se identifican diversas variedades de plásticos, cartones, papeles, etcétera. En algunos casos esto implica separar materiales por color, en otros “limpiar” lo recogido, por ejemplo, quitando tapas y etiquetas a las botellas. Dependiendo del “material” del que se trate (o del cliente al que esté destinado), ese puede ser el final del proceso o una etapa previa al “prensado”. La planta cuenta con dos prensas neumáticas manejadas por varones –generalmente mayores de 30 años- quienes

⁶ Cuando éstos se llenan hay que detener la cinta y pedir su reemplazo a personal del CEAMSE, de ahí que la productividad de todo el proceso dependa en buena medida de que este trabajo sea bien realizado.

no sólo se ocupan de operarlas sino de chequear que los procesos de clasificación previa hayan sido efectuados adecuadamente. De ahí que esta tarea sea considerada la más calificada.

Como puede verse, a pesar de que la cantidad de varones y mujeres es similar hemos encontrado que existen trabajos masculinos que son aquellos que involucran fuerza física y/o conocimiento técnico. Del mismo modo, a la hora de “ranchar”, es decir de juntarse a compartir un momento de descanso o algo para comer, los/as menores de 30 años se reúnen en un sector y los/as mayores en otro.

Por su parte, el circuito *privado* comienza con la llegada, mucho más irregular y aleatoria, de camiones que transportan residuos sólidos urbanos generados en empresas o grandes establecimientos comerciales que contratan un circuito propio de recolección. Cuando uno de estos camiones llega a la planta se moviliza un grupo de entre 5 y 10 personas que se acercan a descargarlos. Esta tarea debe ser efectuada en el menor tiempo posible, porque los choferes de los camiones tienen horarios que cumplir, llevando a cabo un proceso de preclasificación que permita conservar los materiales. Luego de esa preclasificación se pasa al trabajo de “piso” y, de ser necesario, a la prensa.

El único material que recibe un tratamiento especial es el *nylon*. El vocablo *nylon* se utiliza como un genérico que agrupa diversos materiales plásticos más bien blandos y flexibles, que habitualmente se utilizan para embalaje. Estos materiales tienen un alto valor de reventa pero exigen un tratamiento que resulta bastante engorroso, porque deben venderse *limpios* para aprovechar al máximo su potencial. Por esa razón, solo se clasifica y vende el *nylon* que viene en los *privados*. Para evitar que se contamine, se lo apila, limpia y clasifica en un sector aparte, a la intemperie. La diferencia entre los distintos tipos de *nylon* es bastante sutil y hay que estar muy entrenado/a para distinguirla, ya que no hay diferencias de colores o inscripciones que ayuden a la clasificación, como si ocurre con otros materiales como el polipropileno expandido o el PET, por ejemplo.

En este circuito *privado*, que suele ser un poco más “limpio”, es también el que aporta los mejores ingresos⁷ y por eso la demanda a CEAMSE por este tipo de camiones está siempre presente en todos los diálogos entre presidentes y con las autoridades del relleno. Asimismo, éstos/as últimos amenazan con “no mandar más privados” para imponer ciertas condiciones. Por ejemplo: “Si no abren el sábado, no se les manda más privado”, “Hasta que no limpien el volado⁸ no hay más privado”, “Si no arrancan con el segundo turno no se les va a mandar más privado”. También estaban a la orden del día las sospechas acerca de que a tal planta se le enviaban más (o mejores) privados porque tenía cierto arreglo con tal o cual directivo. Estas prácticas llevaron a que durante varios años las plantas sociales compitieran entre sí, recelaran las unas de las otras, y se hicieran todo tipo de acusaciones. Sin embargo, cuando en 2011 empezó a sonar fuerte el rumor de que el relleno iba a ser cerrado se comenzó a armar una “mesa” que convocaba a los/as diferentes presidentes de las plantas sociales, que comenzaron a articular acciones conjuntas. Esta solidaridad se profundizó frente a la expectativa de que las plantas de clasificación de residuos se iban a reemplazar por plantas de Tratamiento Mecánico Biológico (MBT) que requieren mucha

⁷ Es difícil efectuar un cálculo preciso, pero lo habitual es que el procesamiento de un *privado* rinda hasta 100 veces más que un *domiciliario*, primero por la calidad de los materiales, segundo por el estado en que llegan, tercero porque de los materiales que transportan los privados se puede recuperar entre un 70 y un 100%, en cambio de los camiones domiciliarios se recupera entre un 8% y un 10%.

⁸ Se le llama “volado” a los residuos que, literalmente, se vuelan desde los galpones y se alojan en el cerco perimetral del Complejo Sanitario.

menos *mano de obra*, lo cual llevó a un corte de la Autopista del Buen Ayre en junio de 2012 que se difundió con una carta abierta a la Presidenta de la Nación que, entre otras cosas, decía lo siguiente acerca del trabajo en las plantas:

(...) Usted, Sra. Presidenta, sabe que nuestra región es reconocida por ser una zona en la que el cirujeo ha sido desde hace décadas un refugio constante frente a la pobreza, habiéndose hecho tristemente célebre desde los fusilamientos de J.L.Suarez. Las familias que aquí viven transitan o han transitado todas las formas del cirujeo: en la ciudad y en la quema o relleno, en el Tren Blanco (ahora Camión blanco) y con el carro y el caballo. Esta actividad siempre fue un sustento para nuestras economías familiares, para algunas de emergencia, para otras permanente (...) Las plantas fueron entonces presentadas como una posibilidad de generar fuentes de trabajo genuino y digno para muchos compañeros. Sin embargo, luego de casi 9 años de lucha, este objetivo no se ha concretado (...) Nosotros somos los que sabemos acerca de cómo manejar los residuos. El reciclado no llegó a la argentina de la mano de ninguna empresa u ONG internacional ecologista, que hoy nos invita a admirarlos y a aprender de cómo hacen en Europa, pretendiendo implantar sus conceptos, como “basura cero”. El reciclado no llegó tampoco por los millonarios presupuestos de plantas modernas de valoración energética o MTB. -Tratamiento Mecánico Biológico (...) Sería de ingratos no reconocer cuánto nos han ayudado a resolver urgencias programas como el “Argentina Trabaja” o la Asignación Universal por Hijo, entre otros. Pero ahora queremos también que se nos reconozcan nuestros derechos como trabajadores calificados que somos, con legítimas pretensiones de participar del esfuerzo colectivo que hacen todos los argentinos para mantener limpia su casa, su ciudad, su provincia. Si CEAMSE cobra por contaminar, nosotros queremos cobrar por reciclar” Carta abierta a CFK, Grito Cartonero, José León Suárez, 11 de junio de 2012

En estos fragmentos se pone de manifiesto la resistencia al discurso que coloca a los/as trabajadores/as de las plantas sociales como vulnerables, incapaces, dependientes de la buena voluntad institucional, de CEAMSE por ejemplo, a través de la idea del reciclado como un *oficio*. Este *oficio calificado* permite prestar un *servicio público*, mejor inclusive que el de Roggio Ambiental *contamina*, mientras a los/as trabajadores de las plantas sociales *reciclan*. De este modo, los mismos atributos que se utilizaban en la página web de CEAMSE para describir la fragilidad de esta población, su condición *quemera*, se coloca aquí como evidencia del involucramiento de los/as habitantes de estos barrios en general y de los/as trabajadores/as de la planta en particular, como legítimos portadores del conocimiento necesario para gestionar los residuos.

Al mismo tiempo, al historizar la conformación de este oficio, se señalan dos momentos diferentes marcados, precisamente, por la consolidación de los colectivos de trabajo que gestionan las plantas sociales. En el momento previo se habla de trabajadores/as que han “transitado todas las formas del cirujeo”, como algo permanente o como un recurso frente a la emergencia. Estos/as trabajadores/as perseguidos/as por el decreto ley de 1977 que no solo crea la CEAMSE, si no que prohíbe formalmente el reciclado, se convierten en objeto de políticas públicas cuando la empresa que administra la línea Mitre coloca furgones para que puedan transportan sus *carros* hacia y desde la ciudad o cuando la nueva legislación los/as reconoce como agentes principales del nuevo modelo de gestión de residuos. El momento posterior a la creación de las plantas sociales, que no cumplen con muchas de sus promesas, sin embargo les permite sustentar sus actuales demandas al erigirse como prestadores de un servicio público esencial, cuya centralidad es imposible desconocer.

De este modo, quienes durante generaciones han prestado este servicio exigen, por un lado, que las soluciones a los problemas que plantea localmente la gestión de residuos no se enfrenten con “conceptos implantados”, como la planta MTB cuya construcción resistían, pero

por otro que se les pague por el trabajo que llevan a cabo, del mismo modo que se le paga a Roggio Ambiental. Este modo de presentar la demanda está formulada en términos que reafirman la prescindencia de CEAMSE respecto a asegurar la reproducción de los/as trabajadores/as de las plantas y sus familias: no se le exige a CEAMSE que pague salarios, sino al gobierno que reconozca a las plantas como prestadoras de servicios. No obstante, la respuesta al conflicto constituyó otro orden de cosas, el 9 de julio de 2012 representantes de las plantas sociales, el CEAMSE, el Gobierno de la Ciudad y la Provincia de Buenos Aires firmaron un acuerdo por el cual el CEAMSE se comprometía a:

“implementar un mecanismo de estímulo pecuniario al reciclaje consistente en el pago de un canon por cada tonelada de residuo recuperado, por un valor suficiente para alcanzar una retribución justa”.

Este acuerdo tiene la particularidad de incorporar dos criterios para el pago del canon, lo que muestra que la disputa por los términos en los que se planteaba el conflicto, y su resolución, seguía estado abierta: la *cantidad* de materiales procesados, por un lado, la *justicia* en la retribución percibida por los/as trabajadores. El primero de estos criterios, al apuntar a retribuir la productividad, pretende establecer un intercambio entre iguales: se cobra por el servicio prestado. El segundo, se acerca al criterio de responsabilidad por parte del capital de garantizar la reproducción de los sectores subalternos a través de garantizar un *ingreso justo*. No obstante, la resolución del conflicto se orientó al segundo de estos criterios haciendo a CEAMSE responsable de controlar la cantidad de material procesado y efectuando el correspondiente el pago. No obstante, el criterio de productividad sigue vigente de hecho ya que el grueso del ingreso de los/as trabajadores/as está vinculado a las ventas de materiales y el poder de CEAMSE para imponer condiciones también, porque los *privados* siguen siendo cruciales a la hora de redondear una buena *quincena*. Por su parte, el estado nacional también contribuyó a fortalecer el programa al incluir las cooperativas de las plantas en el programa Argentina Trabaja, dirigido a poblaciones *vulnerables*. Así, la profundidad del conflicto se manifiesta en esta triple apelación a los/as trabajadores/as de las plantas: como prestadores de un servicio, como integrantes de cooperativas de reciclado y como beneficiarios/as de la política social dirigida al *núcleo duro del desempleo*. Sin embargo, el estatus de trabajador plenamente integrado les sigue siendo negado, así como los derechos asociados al salario, a pesar de que el esfuerzo fiscal que se realiza para retribuirlos no es menor. Esto muestra, según interpretamos, que el reconocimiento de dicho estatus no depende de factores puramente económicos, como supone el enfoque de la *inempleabilidad*, sino que involucra factores políticos que van más allá de esta población. Así como el *ejército industrial de reserva* descrito por Marx en el siglo XIX o los *semibárbaros* de los que habla Castel en el siglo XX, estos/as trabajadores/as *inempleables* vienen a recordarnos las bondades de someternos a la dominación capitalista.

5. Camila: Pasarla bien en el trabajo

Camila tiene 23 años y dos hijas de 5 y 2 a su exclusivo cargo. Vive con su papá Roberto, que también trabaja en la planta, su mamá, sus hermanos y hermanas y dos de sus sobrinos/as. Su mamá y una de sus hermanas cuidan a sus hijas mientras ella trabaja. La casa familiar fue construida en un sector de un lote de terreno que su tío “le habilitó” a su padre, pero ella tiene “cierta privacidad”. “Gracias a que trabaja en la planta” se pudo hacer “una pieza” para ella y sus hijas en la parte posterior del terreno en la que se erige la vivienda familiar. Sin embargo, el comienzo fue muy duro para ella:

A mí en sí, no me gusta nada, pero al principio no quería saber nada de la planta. Porque... eh... mucho no aguantaba el olor, la mugre... que hay ahí. En la quema estás una hora como mucho, pero

acá son ocho horas, más a veces, sintiendo ese olor. .. Y ahora como que ya me acostumbré y bueno... ya... Me empezó a gustar a trabajar ahí. Me empezó a gustar a trabajar ahí ahora. los encargados son muy buenos, no te vigilan tanto... y... vos estás tranquila que no te molestan para nada. Y bueno, por esos motivos. Además son muy buenos amigos... Ahí me hablo con todos.

Lidiar cotidianamente con la basura es una de las cosas más difíciles de trabajar en la planta: la exposición constante a los malos olores, durante varias horas, es una de las cuestiones que se mencionan con mayor frecuencia como fuente de malestar. Sin embargo, Camila logró acostumbrarse a ese aspecto del trabajo transcurrido un tiempo, y lo que hoy resalta es el clima de trabajo que ha encontrado en “el galpón”, como ella se refiere a la planta⁹, el cual es una buena razón para ir a trabajar cada día.

Esta contraposición entre el malestar provocado por las condiciones de trabajo y el bienestar por el trato que reciben de parte de los/as “encargados” aparece de modo bastante peculiar y con mucha insistencia en los discursos de los/as trabajadores/as de la planta social. Las protestas contra ciertas arbitrariedades en la asignación de tareas y cierto maltrato, sobre todo verbal, eran sumamente frecuentes en los talleres participativos. Paradójicamente, en la mayor parte de las entrevistas lo que se recogía era exactamente el testimonio opuesto, como en este caso. Interpreto que esto se debe a que la cuestión del “compañerismo” y de “tratarse bien” formaba parte de los objetivos declarados y los compromisos asumidos por parte de los/as “encargados/as” y, por lo tanto, un punto sensible sobre el que *negociar* ciertos apoyos y/o explicitar los límites a la supuesta homogeneidad que debe asumir un colectivo de trabajo que se busca identificar como cooperativa. A su vez, la valoración del ámbito de trabajo como ámbito de creación de lazos sociales comienza a permear los marcos de sentido desde los cuales los/as trabajadores/as articulan sus experiencias, extendiendo esta *evaluación* a otras experiencias laborales previas, como se ve en este fragmento en el que Camila cuenta sus trabajos previos:

Y yo dejé la escuela definitivamente cuando me quedé embarazada y ya cuando nació ella me puse a laburar, empecé de volantera. Tenía dieciocho. Bueno, estuve de volantera un mes en capital (...) Por una amiga de mi madrina, que trabajaba. Que necesitaba... una chica para repartir los volantes y... me llevó a mí. Era de diez a tres de la tarde. Era re poco, doscientos pesos por mes. Y ahí estuve un mes, porque me dijo que ya no necesitaba. Y después acá cerca de mi casa... atendía una panadería. Ahí conseguí por mi prima... Mi prima también trabajaba ahí entonces... era... dos... turnos... Era a la mañana y después a la tarde. A mí me tocaba a la mañana. Y era porque a mí prima no le gustaba levantarse temprano. Que estuve... sí... dos meses estuve. Ahí me pagaban... creo que ciento cincuenta... Sí, igual, doscientos pesos por mes. Era poco. Bueno y después... fábricas... Una fábrica de reglas... que queda por allá, por... Libertad... por ahí. Que conseguí porque a la vuelta vive mi tío. ... Un miércoles... el viernes ya me llamaron para el lunes. Era la primera fábrica que... mirá que yo había dejado en fábricas y nunca me llamaba... Ahí eran muchas mujeres, más grandes que yo... hablábamos... había buen compañerismo. Había mujeres y había... Había más mujeres que hombres. Yo me acuerdo que eran muy respetuosos. No te faltaban el respeto, te... hablaban bien. Tenían mucha paciencia en explicarte las cosas, cómo tenés que hacer, como no... Ahí estuve los tres meses de contrato. Ahí... cobraba novecientos pesos por mes. Y no me renovaron, mirá que nunca faltaba. Iba a plena lluvia... pero no... No, no sé por qué... Capaz

⁹ Lo habitual es que los/as trabajadores/as se refieran a las plantas de clasificación de residuos como “galpón”. Esta designación remite al proceso de trabajo “quemero” en el que se designa como galpón el establecimiento en el que se comercializan los materiales recuperados. De alguna manera esta designación denota cierta exterioridad porque “el galponero” siempre es *otro* que, además, impone condiciones –por ejemplo el precio al que va a comprar, pero también el modo en que quiere recibir los materiales: compactados o no, limpios o no, clasificados de uno u otro modo etc. Al mismo tiempo, señala cierta continuidad alrededor del oficio, al conservarse los significantes para designar cosas diferentes, lo cual también ocurre en otras situaciones, como cuando se le llama quema al relleno sanitario, por ejemplo-

que no les gustaba como trabajaba. Bueno, después de ahí... una fábrica de textil. Y después la textil era por una amiga de mi amiga... que le había dicho que estaban tomando chicas. Entonces ellas fueron... Bueno, entonces me dijeron a mí para que yo vaya. Entonces fui y me tomaron... Y... no me gustó porque tenía que... hacer unos nudos que eran re difíciles... Yo lo hacía con el dedo... Tenía que cruzarlo, tenía que darlo vuelta... no sé... Yo mucha paciencia no tengo. En la textil me fui yo... porque no... no aguanté. Era todo de lana. Empecé... en verano. Cuando venía en el colectivo parecía que tenía sarna... cómo me picaba el cuerpo. Porque a la vez que va el rodillo... sale las pelusitas... Y cuando se pega en el cuerpo, se te pegan en la cabeza... Y ahí dejé porque no me gustaba, no... Me volvía loca... ahí con la lana me volvía loca. Aparte, eran todos apagados. No te hablaba con nadie. Vos querías hablar con uno... y era como que estaba como apagado, ¿viste? Bueno, y yo a mí no me gusta así... A mí me gusta joder con todos... me gusta joder, me gusta... tampoco pasarme de la raya... Primero confianza de a poquito, después ya bueno, yo ahí tenía diecinueve años. Y estuve ahí una semana, porque no aguantaba. Después de ahí ya no... no conseguía... Hasta hace poco que estoy en galpón, no...

Como les ha pasado a muchos/as otros/as de nuestros/as entrevistados/as, para Camila la llegada de su primera hija supuso el comienzo de la vida laboral y, como casi siempre ocurre, las posiciones laborales las fue consiguiendo a través de relaciones más o menos estrechas de afinidad, amistad o parentesco. Su primer trabajo fue como “volantera” y el modo en que se refiere a esa posición refleja la escasa demanda de calificaciones del puesto: “necesitaban una chica”. Sin embargo, esto no era un obstáculo para que ella fuera a trabajar y, si dejó de hacerlo, fue porque no la *necesitaban*. Luego, fue a trabajar a una panadería, como parte de un arreglo casi en términos personales con su prima: ella iba a la mañana porque a aquella no le *gustaba* levantarse temprano. Una vez más, este modo de relatar el modo en que accedió a esa posición y los motivos a los que alude para señalar la asignación de horarios y tarea nada tienen que ver con sus habilidades, competencias o capacidades.

Sin embargo, no todos los trabajos representan lo mismo, de hecho hace una pausa para destacar su primera colocación en una fábrica: “Bueno, y después, fábricas”. Esta inflexión es más bien de sentido, ya que esta primera experiencia en fábrica no implicó en su caso una colocación más estable que las anteriores: estuvo apenas tres meses. El hecho de que además esta ubicación era mucho más valorada se ve en cómo se refiere al modo en que logró ingresar en ambas fábricas: no fue como en los casos anteriores en los que alguien le propuso tal o cual actividad, si no que ella se ocupó de hablar con sus allegados acerca de su interés.

Por otra parte, en sus palabras se pone de manifiesto cuáles son los requisitos, que según entiende, se requieren para conservar un puesto de trabajo de esas características: no faltar a trabajar, ser respetuosa, ser buena compañera, a pesar de lo cual no le renovaron el contrato. Ese no sé por qué en términos personales la coloca a ella en posición de responsabilidad, de hecho su reflexión final es que puede que la razón por la que no le hayan renovado el contrato haya sido que “no les gustó cómo trabajaba”

Otro aspecto que sobresale en el relato es el hecho de que el salario en la fábrica era notablemente más elevado que en las ubicaciones previas, casi cuatro veces más. Seguramente, ese era uno de los principales aspectos que la hicieron ilusionarse cuando recibió el llamado que la convocaba a trabajar. Sin embargo, desde su posición actual, se ponen de relieve otros aspectos de la experiencia laboral que parecen tener mucho más peso en el relato: el “buen compañerismo”, tanto de parte de las mujeres que eran mayores, como de los varones que “no te faltaban el respeto”, “te hablaban bien”, la “paciencia en explicarte las cosas, cómo tenés que hacer, como no”. Estos dos clivajes varones/mujeres, jóvenes/mayores también muestran rastros

de su experiencia presente, ya que en las plantas, como hemos explicado jóvenes y mayores, varones y mujeres son los clivajes que organizan los grupos.

Sin embargo, como queda de manifiesto cuando aborda su experiencia en la fábrica textil, acceder a un empleo en una fábrica no garantizaba de por sí la satisfacción y en este punto son varios los aspectos que se resaltan: por un lado, la dificultad de la tarea, que a ella le resulta “difícil”, luego el malestar que general que le provocaban las condiciones de trabajo: hacía mucho calor y debía trabajar con lana, las “pelusitas” le daban comezón y ella “no tiene mucha paciencia”. Es decir, una vez más, asume por completo la responsabilidad por no haber podido conservar el trabajo, ella “no aguantó”. Y al mencionar los aspectos que le desagradaban de esa experiencia menciona su falta de entendimiento con los/as compañeros/as de trabajo a quienes describe como “apagados”. De todos modos, dado que trabajó solo una semana, lo que parece más notable de este fragmento es el hecho de que al valorar una experiencia laboral la relación con los/as compañeros/as de trabajo tenga un peso tan importante respecto a otras cuestiones, pero además que sea presentado como un aspecto *exigible*: ella no se queja de que no le brindaran los elementos de protección adecuados para trabajar, ni de la falta de refrigeración, si esas cuestiones la molestaron, fue ella que *no aguantó*. En cambio, el clima laboral si le parece algo exigible, un motivo para dejar el trabajo respecto al cual ella no se hace ningún reproche, pero además se siente habilitada: tenía diecinueve años, era razonable que se le ofreciera un clima de trabajo más amigable. En esta cuestión se pone de manifiesto una de las impronta del trabajo en la planta social en el modo en que articula sus experiencias Camila.

En todo caso, después de estas primeras experiencias fallidas, nuestra entrevistada comenzó a trabajar en el *galpón*, como cuenta a continuación:

Acá, yo supuestamente sabía de nylon. Yo no sé mucho de nylon. Porque... tenés que entrar con experiencia, pero lo que yo tengo es que yo soy de aprender rápido las cosas. Cuando me gusta soy de aprender rápido. Y bueno, ese día... había entrado... bueno, mi viejo... así nomás, ¿viste?, por pasada... me dijo: esto es así y así. Y bueno, después de ahí... miraba la cinta, miraba lo que se juntaba, lo que no se juntaba... ¿Cómo se trabajaba? Todos los días aprendés un poco. Aprendí mirando. Porque cuando Sara me decía... andá a la cinta juntar bazar, yo decía: ¿qué es bazar?, decía yo. Agarré y le preguntaba... a Carla, le preguntaba, porque como yo ya tenía más experiencia la Carla... Ella trabajaba en los chinos... Ella ya trabajó. ¿Carla qué es bazar? Plástico. ¿Qué era tetra? El tetra ya sabía... Después qué era... el PET... ¿qué es el PET?, le decía. Son las cosas blancas... creo que... Bueno, después ya está... ya la cinta ya sé que... para qué lado se junta esto o aquello... Ya está ya sé todo.

A diferencia de lo que señala acerca de sus colocaciones previas, Camila menciona que para ingresar a trabajar *en el galpón* se tuvo en cuenta su *supuesto* conocimiento acerca del *nylon*. Quien acreditaba dicho conocimiento era su padre, Roberto, que lo había adquirido por haber trabajado en otra planta y haber recibido capacitación específica en el CEAMSE, pero como trabajaba en la prensa no pudo detenerse a explicarle. Camila confió en que no iba a resultar problemático aprender luego lo que se suponía que ya sabía, dada su capacidad de observación. Pero, de todos modos, ya que los/as encargados/as no le explicaban demasiado y ella no quería ponerse en evidencia, tuvo que recurrir a otras compañeras, como Carla, que ya conocía el trabajo, por haber estado en el *galpón* de *los chinos*¹⁰.

¹⁰ Con ese nombre se designaba a una de las plantas privadas que funcionaba justo en el terreno lindero de esta y recibía ese nombre porque los compradores que se acercaban a adquirir los materiales clasificados eran de esa nacionalidad –no así los/as trabajadores/as, ni los/as dueños/as reconocidos/as como tales, al menos

De todos modos, dado que el sector de nylon depende de la afluencia de *privados* eventualmente le tocaba subir a la cinta y clasificar otro tipo de materiales como *bazar o tetra*, para lo cual pedía ayuda a su compañera Carla. Esta división del trabajo entre los/as *encargados/as*, que tenían la potestad organizativa y disciplinaria y algunos/as trabajadores/as que sabían el oficio y efectuaban el control de calidad del trabajo realizado en la cinta y el piso es muy habitual. Por un lado, refleja la división social tradicional del trabajo en las fábricas, pero por otro, señala los límites de la supuesta homogeneidad de la población destinataria del programa. Lejos de ello, mientras los/as encargados/as habitualmente tienen experiencia previa en gestión de programas sociales diversos y suelen tener relaciones de amistad y confianza con los/as presidentes, los/as trabajadores/as de la prensa cumplen funciones de logística y mantenimiento, cuidan a “los clientes” evitando que un mal armado de un fardo *traiga problemas* –por ejemplo al *contaminar* por mezclar materiales de distinto tipo o calidad- y defienden ciertas posturas colectivas frente a los/as *presidentes*, con la autoridad que les da su conocimiento.

Asimismo, otro de los supuestos que cuestiona este modo de organización, es la idea – bastante extendida como hemos visto- de que la diferencia entre *cirujear* por cuenta propia o hacerlo colectivamente es de grado. Y esto no es así de ninguna manera, ni en el caso de los/as *quemeros/as*, ni en el de los/as *cartoneros/as*¹¹. Quienes realizan la actividad *por su cuenta* no siempre van en busca del mismo tipo de material, ni lo utilizan con los mismos propósitos. Algunas de las personas que trabajaban en la planta iban a la *quema* a buscar alimentos, otras a buscar elementos con los que luego elaboraban productos para vender¹². Sin embargo, en la *quema* lo que más se busca es “la tierrita”, los metales. Esto es debido a que los tiempos de recolección son muy acotados, es muy difícil bajar de *la montaña* con una carga muy pesada, hay mucha competencia, *arrebatos*, peleas. Entonces, lo más conveniente es quedarse solo con lo que se puede llevar en las manos o a lo sumo en una bolsa pegada al cuerpo. Por eso, en la inmensa mayoría de los casos, lo que se recogen son cables y trozos de metal, teléfonos celulares, algún aparato electrónico que luego se pueda desarmar. Los cables se queman al salir para separar el plástico del cobre, y un proceso similar de *descarte* se hace que todos los materiales plásticos que suelen venir adheridos a los metales, que es lo que finalmente se va a comercializar.

En cambio, en la planta es posible se tratan y trabajan diversos *materiales*, principalmente papel, cartón y plásticos que se venden en grandes volúmenes. De todos modos, la *tierrita* también se *rescata* y habitualmente constituye el ahorro para los momentos de *baja*, es decir, cuando cae demasiado el precio de los materiales –como en vacaciones- o no se puede trabajar porque se rompe la cinta, o surge algún otro imprevisto. De este modo, la puesta en funcionamiento de la planta supuso un enorme esfuerzo de desarrollo de capacidades, no solo organizativas si no técnicas, de las que los/as integrantes de las organizaciones carecían por completo, pero que tampoco los promotores del programa habían anticipado.

De este modo el proceso de trabajo en la planta fue producto del encuentro entre distintos tipos de saberes y lógicas organizativas: las que aportaron los/as trabajadores/as con experiencia en empresas privadas que realizaban actividades similares, las que impulsaron los/as dirigentes de la organización; la que impone el sistema de gestión de residuos que distingue circuito privado y circuito domiciliario, y la de las distintas agencias financiadoras que fueron imponiendo condiciones al proceso. Estas lógicas y sentidos no solo se juegan en la definición de las prácticas

¹¹ Para un trabajo pormenorizado acerca de los cambios del trabajo “en calle” al trabajo “en cooperativas” para los/as cartoneros/as de la Ciudad de Buenos Aires ver el artículo de Johanna Maldovan Bonelli (2014)

¹² Al respecto se puede ver Cross (2013)

productivas, si no que van impregnando los marcos de sentido desde los cuales los/as trabajadores/as articulan sus experiencias, como puede verse en lo que sigue:

Yo necesito trabajar porque con el papá de mi otra nena estoy mal. Él cuando yo hablo con él me pasa plata, pero a veces no. Aparte para independizarme yo sola, para comprar lo que yo quiero. Yo a veces necesito porque mi nena más grande quiere todo y el papá de ella se suicidó, así que solo nos tiene a nosotros para que miremos por ella, yo y mi papá. Y aparte para no estar tan sin hacer nada en tu casa. Digamos, ya es como que tenés una ocupación. Aparte como para conocer más gente de afuera... ¿no? No estar tanto encerrada en tu casa. Te cerrás y no conocés a nadie (...) Acá con la única que no me llevo es con la Samantha y con la Gringa. Con esas dos no (...) Pero bueno, con la Laura jodemos, después con Fito, con Carlos, con Claudio hasta ahí nomás, es medio apagadito también. Y después sí, con los mayores, a veces yo cuando entro a la mañana yo grito: “¡Buen día!” algunos ni me contestan, pero bueno (...) A mí me gustan todos los trabajos. No, menos textil. Eso ya lo rechazo. Pero no... yo soy... de que me enseñás una vez y aprendí, y chau, ya me gustó. Mirá, me levanto a la hora que sea que yo voy a trabajar. Lo que soy muy responsable en los trabajos, nunca falto. Acá en el galpón nunca falto, por nada (...) Pero la que sufre es mi mamá porque me dice que yo tenía posibilidad de estudiar, de hacer algo distinto para mí, pero a mí no me gustaba estudiar, no me hallaba en la escuela, era muy cabeza hueca, me la pasaba peleando... yo pienso que si terminaba el colegio por ahí hoy podría tener un trabajo en una fábrica, y estar bien con mi obra social y mi regio sueldo para que a ellas no les falte nada... Pero como que cuando sos chica no entendés y después la pagás, por cabeza hueca, ... Al menos acá en el galpón tenemos un trabajo que es más o menos seguro, y algo de mercadería te llevás y tenés ayuda con los planes, con todo, pero si no tendría que andar de pura changa, de volantera, que se yo y, una cosa es cuando lo que hacés es para vos, que por ahí trabajas hoy para ir a tomar una cerveza y mañana te quedas de vaga, que tampoco vas a aprender nada ni progresar, pero no te importa... otro cosa es cuando ya tenés que hacerte responsable, porque ellas no pidieron nacer, no? Y yo me tengo que rescatar para darles a ellas un futuro aunque sea, no? Porque si no tenés oficio ¿cómo te rebuscás?

Como puede verse en este último fragmento, Camila carga con pesadas responsabilidades a pesar de su edad. Sus dos hijas dependen casi enteramente de ella y ese el principal motivo que ella encuentra para trabajar en la planta. El papá de su hija menor colabora con su manutención cuando la mamá de la nena le habla, en otro tramo de la entrevista contaba que se separó de él porque era extremadamente celoso y también que el muchacho quería “volver a toda costa”. Entonces, el dinero de “la mensualidad de la nena” que él tendría la obligación de entregarle no es algo con lo que ella pueda contar. El papá de su otra hija se suicidó. Por suerte, cuenta con el apoyo de su papá y su mamá, que además adoran a sus nietas, pero esta es una *ayuda* que no la releva de su responsabilidad, por eso necesita *independizarse*, tener su dinero para afrontar sus obligaciones y cubrir sus necesidades. El apego y la responsabilidad de las madres hacia sus hijos/as, este tipo de maternalismo (Luna, 2009) está sumamente extendido entre las mujeres que trabajan en la planta, así como la consiguiente tolerancia al desapego de los varones una vez terminada la relación amorosa. El complemento de esta situación es que cuando un varón comienza una relación con una mujer que tiene hijos/as asume la responsabilidad por todos/as ellos/as como si fueran propios/as, no solo económicamente: si el padre biológico “no les dio el apellido”, lo hacen ellos. Consecuentemente, casi siempre, los/as hijos/as que tienen de relaciones previas suelen quedar a cargo de su madre y, eventualmente, de su nueva pareja¹³.

¹³ Como me explicaba una de las mujeres que trabaja en la planta: “Los hijos son de la madre. El tipo viene y te jura que te va a dar lo mejor a vos y a tus hijos. Cuando se va, se olvida de todo y te deja los que tuviste con él... somos muy tontas a veces las mujeres”

En cuanto al modo en que ella misma se presenta, resulta llamativo como se refiere a sí misma en el pasado, insistiendo en que era una *cabeza hueca* y en su presente, en el que se define como *responsable*. Ser *cabeza hueca* implica haber desperdiciado la posibilidad de estudiar, de terminar la escuela, que hoy le permitiría estar en mejor posición para tener un *trabajo*, es decir, encontrarse empleada en una fábrica. De todos modos, cuando habla de los motivos por los cuáles no pudo terminar la escuela lo que aparece en primer plano, una vez más, en la dificultad para encontrarse a *gusto*, ese *no hallarse*, que es un sentimiento tan común entre los/as jóvenes del Área Reconquista, según hemos podido relevar, que habitualmente sienten que la escuela es un lugar hostil para ellos/as ([Freytes Frey & Cross, 2011](#)).

Pero si antes era *cabeza hueca*, por contraste, en el galpón ella es sumamente responsable. No falta jamás a trabajar y aprende rápidamente las tareas y una vez que aprende el trabajo, se siente a gusto. Y respecto a esta cuestión aparece otro de los sentidos que tiene para ella su experiencia de trabajo: construir nuevas relaciones, conocer gente, salir de su casa, no estar encerrada. Por eso, al evaluar su situación actual restituye los clivajes que caracterizan la sociabilidad en la planta: jóvenes/mayores, varones/mujeres. Acerca de su grupo de pertenencia, los más jóvenes, hace una reflexión más pormenorizada: las chicas con las que se habla y con las que no se habla, su amiga Laura, los varones que le caen mejor, como Fito y Carlos, y los que le resultan “apagados”, como Claudio. Y luego, al hablar de “los mayores” lo hace en general y denotando una relación mucho más distante: a penas los/as saluda en general al llegar, sin embargo, está muy atenta a quienes responden o no a su saludo.

Asimismo, como otro de los aspectos que le permiten valorar su experiencia de trabajo en el galpón vemos la elaboración de una jerarquización entre las distintas posibilidades laborales que se le fueron presentando para efectuar la cual toma en cuenta diversos indicadores. La categoría menos valorada es la changa, en la que incluye actividades como las que realizó volanteando o en la panadería. Este tipo de tarea supone ingresos magros e inestables, que por ahí no exigen tanto esfuerzo, pero que no permiten aprender nada, ni asumir las responsabilidades que exige la crianza de los/as hijos/as, ni *progresar*. En el tope de la jerarquía está el trabajo asalariado, ese que puede ofrecer una fábrica a personas que han terminado el colegio secundario, el cual garantiza no solo estabilidad, si no un *regio sueldo* y acceso a la seguridad social, a través por ejemplo de una obra social. Apenas un poco por debajo está el “rebusque”, es decir la posibilidad de trabajar por cuenta propia, la cual está cerrada para ella porque “no tiene un oficio”. En efecto, dado que ella *aprendió* acerca del reciclaje en la planta, seguramente tendría muchas dificultades para convertirse en *quemera*, lo cual implica una actividad completamente diferente como ya hemos explicado.

Y en ese esquema el trabajo en el *galpón* es presentado como lo más cercano a un trabajo asalariado a lo que ella pueda aspirar: le permite tener un ingreso más o menos estable y seguro y acceder a ciertas prestaciones que le permiten reunir recursos, como por ejemplo, los que necesitó para hacerse su propia pieza en la que vivir con sus hijas. Entre estas prestaciones se destacan el acceso a la *mercadería*, es decir, los alimentos que se *rescatan* y se les permite repartir. Los “planes” como designa ella al subsidio que se entrega a los/as trabajadores/as a través del programa Argentina Trabaja, que fue gestionado por CEAMSE, y que no solo permitió mejorar los magros ingresos que se obtenían de la venta de materiales si no garantizar un ingreso mínimo a quienes estaban de licencia mientras no pueden ir a trabajar. No obstante, ella asume que, dado que no ha sido capaz de terminar la escuela secundaria, esta situación es lo mejor a lo que puede aspirar y además le resulta satisfactoria por otras razones: las relaciones que ha entablado con sus compañeros/as, la posibilidad de aprender y progresar, no quedarse encerrada en su casa, poder

independizarse –por tener su dinero, pero también su lugar- aunque sea relativamente de su papá y su mamá.

Reflexiones finales

En este artículo analizamos el tipo de inserción social a que da lugar un programa social: el de las plantas sociales emplazadas en el relleno Norte III, el cual está orientado a crear puestos de trabajo para poblaciones definidas por su vulnerabilidad, en virtud de *inempleabilidad*. Tales puestos de trabajo no constituyen una alternativa al empleo en tanto ofrecen condiciones de trabajo sumamente duras y un ingreso escaso e inestable, además de ofrecer modalidades de contratación sumamente precarias e informales. Sin embargo, es presentado, tanto por quienes lo han diseñado como por los distintos sectores que componen la población destinataria como una mejora respecto a sus condiciones previas de vida y trabajo. Nuestro foco estuvo, precisamente, en estudiar los procesos sociales y políticos que permiten esta común caracterización del programa, así como de la población a la que está dirigido.

A este fin dimos cuenta del proceso de formulación de este programa, del mundo de la vida de las personas que viven y trabajan en los alrededores del relleno sanitario Norte III y los distintos relatos acerca de quiénes son, qué es lo que pueden y no hacer. Así fue posible observar que la cuestión de la basura constituye un punto central para comprender el mundo de la vida que rodea las plantas sociales, porque es a la vez medio de vida, fuente de sufrimiento, prenda de conflicto. Las pugnas por la apropiación del valor que circula en torno a la recolección y enterramiento de los residuos ha constituido el eje de varios conflictos locales y extra locales, agudizados en el pasado reciente, que dieron lugar, no solo a un cambio en la legislación vigente desde los 70, si no a un programa social específicamente diseñado: el de las plantas sociales. Desde su formulación éste piensa a los/as trabajadores/as desde sus carencias, naturalizando su exclusión del mercado de trabajo, lo cual marca, a nuestro entender, su principal limitación en función de atenuar la vulnerabilidad social de estos sectores.

Asimismo, hemos observado que la asociación entre exclusión del empleo y vulnerabilidad social también está presente en el discurso de los/as trabajadores/as y se expresa en el modo en que se sitúan en su propia historia, haciéndose responsables de sus carencias y de los déficit de integración que padecen al no acceder al empleo asalariado. No obstante, también hemos podido observar la vigencia de importantes resistencias hacia esos discursos, bajo la forma de la reivindicación del oficio, pero también de desnaturalización del carácter exclusivamente económico del salario.

De este modo, los componentes de acuerdo y resistencias en torno al significado de la *inempleabilidad* organizan las luchas de sentido, pero también la vida cotidiana dentro y fuera de las plantas. La asociación entre trabajo asalariado e integración social es un punto en común en los discursos institucionales, en los posicionamientos políticos de los/as líderes locales, en el discurso de quienes trabajan en las plantas. La vulnerabilidad a la que queda sometido quien no accede al salario, también. E inclusive la noción de que hay algo negativo en la persona de estos/as trabajadores/as precarios/as que les impide acceder a esos puestos de trabajo, alguna responsabilidad de su parte.

Sin embargo, también hay resistencias que van desnudando el carácter no instrumental si no profundamente político de esta exclusión. Son fondos fiscales los que gestiona el CEAMSE y los de los programas sociales, sin embargo el modo en que esos fondos se transfieren a los/as trabajadores/as de las plantas, lejos de mejorar su integración social, refuerzan su situación de

precariedad: se les paga por tonelada procesada, a destajo, o bien a través de un programa pensado para desocupados/as. Asimismo este carácter no instrumental del salario se rebela en el modo en que se valora un puesto de trabajo: no solo por el ingreso que se percibe, si no por las relaciones que permite entablar, lo bien o lo mal que se la pasa, el respeto que se recibe, lo que se aprende, las capacidades que se reconocen a quienes están incluidos/as en un colectivo de trabajo. Para *entrar* en la planta hay que saber, hay que tener oficio –o decir que se lo tiene- y eso ya es de por sí un lugar diferente de *rebuscarse* por cuenta propia en la calle o en la quema o tener una changa. Por eso, respecto al trabajo en la planta, más allá de un ingreso más o menos estable, se ponderan las relaciones, la forma en que se es tratado, las posibilidades de conocer a otras personas, hacer amigos. Y de este modo es posible ver que estar integrado a un colectivo de trabajo implica ser reconocido como una parte importante y significativa del engranaje que mueve el mundo capitalista que es el trabajo. Por eso negar ese reconocimiento, no es solo un problema de dinero que se resuelve con dinero, si no es un problema de falta de reconocimiento a la propia dignidad humana, porque a nadie le gusta sentir que está de sobra.

Bibliografía citada

- Álvarez, Raúl. (2009). La basura en clave de lucha de relaciones de poder en el proceso de cierre de una descarga clandestina en José León Suárez. *Question*, 24(1), 1-3.
- Ander-Egg, Ezequiel. (1990). *Repensando la Investigación- Acción- Participativa. Comentarios, críticas y sugerencias* (4ta ed.). Buenos Aires: Lvmen Humanitas.
- Carenzo, Sebastián, & Míguez, Pablo. (2010). De la atomización al asociativismo: reflexiones en torno a los sentidos de la autogestión en experiencias asociativas desarrolladas por cartoneros. *Maguaré*, 24, 233-263.
- Castel, Robert. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Castel, Robert, & Haroche, Claudine. (2001). *Propriété privée, propriété sociale, propriété de soi: entretiens sur la construction de l'individu moderne*. Paris: Fayard.
- Cisterna Cabrera, Francisco. (2005). Categorización y triangulación como procesos de validación de conocimiento en investigación cualitativa. *Theoria*, 14(1), 61-71.
- Cross, Cecilia. (2010). Políticas sociales focalizadas y producción de capacidades colectivas en una organización barrial del Área Reconquista. In C. Cross & M. Berger (Eds.), *La producción del trabajo Asociativo: Condiciones, Experiencias y Prácticas en la economía social* (Primera ed., pp. 41-62). Buenos Aires: Ciccus/CEIL PIETTE CONICET.
- Cross, Cecilia. (2013). Vulnerabilidad social e inempleabilidad: Reflexiones a partir del estudio de un programa de reciclado de residuos sólidos urbanos. *Trabajo y Sociedad*, 21, 475-494.
- Cross, Cecilia, & Freytes Frey, Ada. (2009). The Social and Ecological Dimensions of a Decentralisation Process: Participation by Social Movements in the Sustainable Management of Urban Solid Waste in Buenos Aires. In U. y. R. Geiser, Stephan (Ed.), *Decentralisation Meets Local Complexity: Local Struggles, State Decentralisation and Access to Natural Resources in South Asia and Latin America* (1° ed., Vol. 4, pp. 93-125). Berna (Suiza): Geographia Bernesia.
- Danani, Claudia. (2013). El sistema de protección social argentino entre 2002 y 2013: Buscando el modelo que nunca tuvo. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 22(12), 145-169.
- de la Garza Toledo, Enrique. (2001). Problemas clásicos y actuales de la crisis del trabajo *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo* (Primera ed., pp. 11-31). Buenos Aires: Clacso.
- Fernández Álvarez, María Inés, & Manzano, Virginia. (2007). Desempleo, acción estatal y movilización social en Argentina. *Política y Cultura*, 27, 143-166.
- Freytes Frey, Ada, & Cross, Cecilia. (2011). Overcoming poor youth stigmatization and invisibility through art: A participatory action research experience in Greater Buenos Aires. *Action Research*, 9(1), 65-82. doi: DOI: 10.1177/1476750310396951
- Freytes Frey, Ada, Diana Menéndez, Nicolás , García Allegrone, Verónica , & Cross, Cecilia (2007). Tendiendo Puentes: Reflexiones sobre la colaboración de un equipo universitario en un proyecto de construcción de una planta de selección de residuos. In M. Barrientos & C. Huarte (Eds.), *Políticas Sociales de desarrollo y ciudadanía: Reflexiones desde el sur latinoamericano*, . Buenos Aires: UNDP.
- Gautier, Jérôme. (2002). De l'invention du chômage à sa déconstruction. *Genèses*, 46(1), 60-76.

- Gazier, Bernard. (1991). *Economie du travail et de l'emploi*, . Paris: Dalloz.
- Glaser, Barney, & Strauss, Anselm. (1967). *The discovery of grounded theory. Strategies for qualitative research*. New York: Aldine Publishing Company.
- Gustavsen, Bjørn. (2008). New forms of knowledge production and the role of action research. *Action Research*, 1(2), 153-164. doi: 10.1177/14767503030012003
- Kerstenetzky, Celia Lessa. (2006). Políticas Sociais: focalização ou universalização? *Revista de Economia Política*, 26(4), 564-574.
- Leboul, Bernhard, Fischer, Karin, & Saha, Debdulal. (2014). Are targeting and universalism complementary or competing paradigms in social policy? Insights from Brazil, India and South Africa. *International Journal of Labour Research*, 6(1), 75-93.
- Luna, Lona. (2009). *Familia y maternalismo en América Latina. Siglo XX*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Maldovan Bonelli, Johanna. (2014). De la autonomía a la asociatividad: la organización del trabajo cartonero “en calle” en cooperativas de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. *Revista del Centro de Estudios de Sociología del Trabajo*, 6, 73-109.
- Polanyi, Karl. (1989). *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta.
- Portantiero, Juan Carlos. (1977). *La sociología clásica: Durkheim y Weber*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Raymen, Analissa. (2009). Big returns for a little more investment: Mapping theory in emergent research. *Action Research*, 7(1), 49-68. doi: DOI: 10.1177/1476750308099597
- Ricœur, Paul. (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Ricœur, Paul (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi*, 25, 189-207.
- Ricœur, Paul (2004). *Caminos del Reconocimiento: Tres estudios* (A. Neira, Trans. 1 ed.). México: FCE.
- Snow, David, Morrill, Calvin, & Anderson, Leon. (2003). Elaborating analytic ethnography. Linking fieldwork and theory. *Ethnography*, 4(2), 181-200. doi: 10.1177/14661381030042002
- Taylor, Steven , & Bogdan, Robert. (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Thompson, Edward Palmer. (1967). Time, work- discipline and Industrial Capitalism. *Past and Present*, 38(1), 56-97.
- Throop, C. Jason. (2003). Articulating experience. *Anthropological Theory*, 3(2), 219-241.
- Vasilachis de Gialdino, Irene. (2009). Los fundamentos ontológicos y epistemológicos de la investigación cualitativo. *Forum: Qualitative Social Research*, 10(2).